

nores de la virginidad; el verbo humano, el pensamiento no nace sin tocar formas inteligibles de donde vienen las ideas.

Aun para amar, se necesita el soplo de un corazón que conmueva á otro.

“Yo no puedo pensar sin fatiga, continúa el Padre Monsabré, yo no puedo amar sin inquietud: ysi quiero pensar mucho, mi fatiga es una fiebre, y si quiero amar mucho, mi inquietud es una agonía.”

No sucede así en la vida inmaculada de Dios: ella toma en sí misma el poder de fecundarse; nada le viene en su ayuda, nada le hace perder su virginal pureza: concibe sin movimiento, da á luz sin trabajo, ama sin turbación: sus procesiones tranquilas consumen su belleza sin alterar su reposo.

La vida inmaculada de Dios es, según la hermosa palabra de San Gregorio, la más bella y la primera de las vírgenes: *prima virgo trias est.*

La maravillosa pureza, es la tercera prerrogativa de las personas divinas.

Jamás el hombre realiza su obra, tal como la concibe.

Muchas veces la palabra no expresa la hermosura del pensamiento tal como se ha brotado en el alma.

Otras, el pincel no obedece á delinear con precisión la imagen que el artista ha concebido en su mente.

Casi nunca el poeta expresa en su cadencioso acento, la pasión que en su alma siente.

Estas deficiencias no se realizan en la vida divina.

El Ser Eterno, al pronunciar su palabra, expresa en ella su ser mismo con toda su belleza.

El amor del Padre y del Hijo, produce una belleza igual á ellos mismos.

Tal es el cuarto carácter de las procesiones divinas: belleza maravillosa.

El misterio no se comprende: la razón humana, sin embargo, lo concibe.

#### LA TRINIDAD DE PERSONAS EN DIOS Y LA RAZÓN HUMANA.

La vida íntima de Dios es el misterio de una actividad infinita, que hace subsistir tres personas distintas en una sola y misma naturaleza sin dividirla.

La unidad respeta al número y el número no

destruye la unidad. El Padre sin nacimiento, es el principio de toda la Trinidad, más Padre en su esencia que como lo es en la naturaleza creada. El Hijo es tan realmente Hijo como su Padre es realmente Padre, imagen sustancial de la perfección infinita, Verbo perfecto, Verbo único, y sin embargo, primogénito de toda creatura, porque, sin pertenecer al mundo, es su arquetipo y su obrero. El Espíritu Santo es el soplo puro del Padre y del Hijo, su amor sustancial y consustancial, el don inenarrable que se hacen el uno al otro y que destinan á las almas justas para consumir aquí abajo la vida cristiana.

“El Hijo procede del Padre, agrega el Padre Monsabré, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y la eternidad, la unidad, la pureza y la belleza de estas procesiones son las más grandes maravillas que pueden concebirse.

Tales son, en compendiado resumen, las enseñanzas de la Iglesia, sobre el misterio augusto de la Trinidad divina.

Tales son las enseñanzas que hemos bosquejado en los precedentes artículos.

Los cristianos las creen, porque Dios las ha revelado.

Por incomprensibles que sean, como en realidad lo son, no sublevan al entendimiento humano, porque la palabra de Dios le garantiza su verdad y su exactitud irreprochable.

En presencia del misterio divino, necesario es ahora ver que es lo que no puede la razón y que es lo que puede relativamente á ese tan profundo misterio.

Ya hemos demostrado, en otra ocasión, que la razón humana no puede conocer á Dios, ni demostrar que existe *a priori*, es decir, á virtud de un principio que nos permita conocerlo antes que á las criaturas.

Por la existencia de las cosas creadas, venimos en conocimiento de la existencia del Creador, y por las maravillas que en ellas descubrimos, reconocemos con certidumbre que existe el Artista maravilloso que las ha formado.

Al ver sus perfecciones, no podemos menos que asegurar, con certidumbre, que existe un ser que es infinitamente inteligente, amante, poderoso y lleno de vida.

Pero si nos preguntamos en qué consiste ó qué cosa es esta inteligencia, esta grandeza, este poder,

este amor, esta belleza, esta vida, jamás podemos dar una definición adecuada.

Y si eso, que de algún modo nos muestra al Ser divino, que de algún modo nos refleja su grandeza y sus perfecciones, no podemos definirlo, ¿qué podrá hacer la razón en presencia de lo que constituye el secreto de Dios, ante esas operaciones que guarda en su seno y á las cuales nada se asemeja en el mundo?

En las obras creadas sólo se refleja la unidad y la omnipotencia divina, que es la causa próxima de las existencias finitas: se reflejan las perfecciones que son comunes á las tres personas que en Dios existen y que, en consecuencia, no nos dan la razón propia de su distinción personal.

No puede, entonces, la razón conocer esas operaciones íntimas, esas procesiones admirables que se realizan en el interior de la esencia divina.

Con razón decía el Papa Hormisdas en su carta á Juliano: "El secreto de la Trinidad no puede ser investigado por ninguna de las criaturas visibles ni invisibles:" *Secretum Trinitatis nec ulla visivilium, nec invisivilium potuit investigare natura.*

Santo Tomás expresa el mismo pensamiento:

"Podemos, dice, elevarnos por la razón natural al conocimiento de las cosas que pertenecen á la unidad de la esencia divina, pero no al conocimiento de las relaciones íntimas y reales, sobre las cuales está fundada la distinción de las personas.

Es un secreto; es el secreto de Dios.

Cristo, al difundir su doctrina por el mundo así lo enseñó con palabra que nadie puede tergiversar: *Ninguno, dijo, más que el Hijo conoce al Padre ó aquel á quien el Hijo quisiere revelárselo.*

Y no sólo escapa el Misterio de las procesiones divinas á la fuerza inventiva de la razón, también escapa á su fuerza demostrativa.

La revelación nos hace conocer y confesar la fórmula del misterio y nos hace descubrir probabilidades luminosas, como dice el Padre Monsabré, que consuelan nuestra creencia y que la sostienen en su lucha contra las improbabilidades que la razón le opone.

Aun después de la revelación, nos faltan principios evidentes, para establecer una demostración de donde brote la plena certidumbre.

"La Trinidad de las personas, ha dicho San Bernardo, es un sacramento grande, es decir, un se-

creto profundo; secreto que debe adorarse, pero que no puede comprenderse."

"¿Cómo está, pregunta este sabio Doctor, la pluralidad en la unidad y ésta en aquella?"

"Investigarlo, responde, es temerario, creerlo es piadoso, conocerlo es la vida eterna."

La Trinidad de las personas en Dios, ni puede conocerse, ni puede demostrarse por la sola razón natural.

"Quien tal intente, dice Santo Tomás, faltaría á la fe de dos maneras: primero, faltaría á la dignidad de esa fe, que tiene por objeto precisamente las cosas invisibles, las cosas que exceden á la razón humana. Faltaría, en segundo lugar, á la fe, porque esterilizaría los medios para atraer á otros á la fe."

Y esto es claro; desde el momento en que se quiere probar con razones lo que excede á la razón, tales razones no pueden ser concluyentes, y, no siendo concluyentes, se burlarán los infieles al creer que en tales fundamentos apoyamos nuestra creencia.

"Por eso, Santo Tomás agrega. las cosas que son de fe no pueden probarse, sino por la autoridad ante aquellos que tal autcridad reconocen:

ante aquellos que niegan la autoridad, basta sostener que no es imposible lo que la fe predica."

Algunos han dicho que la razón se ha elevado, por su propio vuelo, hasta el conocimiento de la vida divina.

Algunos han sido tan atrevidos, que no vacilan en afirmar que la filosofía griega ha inventado el Misterio de la Trinidad Augusta, y que el cristianismo no ha hecho más que plagiarlo.

Basta leer los libros de Platón, que es el que ha hablado de la Trinidad, en sus *Diálogos* y en sus *Cartas*, para persuadirse de que él presenta cinco términos: *Dios, el logos, el arquetipo, el mundo y el alma del mundo.*

"Número excesivo, dice el P. Monsabré, para hacer una Trinidad."

Y aunque se suprimieran dos de esos términos, como lo han hecho algunos comentadores, la reducción daría una concepción filosófica perfectamente disputable, pero nunca nuestro augusto Misterio.

Entre los egipcios, los indios, los chinos y los persas, se encuentran huellas de este dogma, en sus fórmulas misteriosas.

Pero estas huellas, y las enseñanzas de los grie-

gos, no son invenciones de la razón humana, sino más bien la sombra ó la exposición deforme de un dogma tradicional.

“Son, como dice el P. Monsabré, pueden ser, la expresión de una creencia primitiva, arrastrada en la dispersión del género humano con los restos desfigurados de las revelaciones del Edén.”

La Trinidad, no hay que ponerlo en duda, es el dogma sobrenatural por excelencia; el Misterio absoluto que la razón humana, ni puede descubrir ni jamás podrá demostrar.

---

La razón del hombre es impotente para descubrir y para demostrar el misterio augusto de la Trinidad Divina.

Esta es la primera impotencia de la razón.

Hay otra: la razón humana no puede destruir, en nombre de la evidencia el dogma de la Trinidad: tampoco puede por medio de interpretaciones desfigurarle impunemente.

La razón humana nada puede encontrar en sus propios elementos para destruir las verdades de la fe cristiana.

Y nada puede encontrar en sus propios elementos, porque aunque las verdades de la fe excedan á su capacidad y á sus límites, nunca pueden ser los principios que la razón conoce contrarios á los misterios que en la fe tienen su fundamento.

Sólo pueden ser contrarios lo verdadero y lo falso.

Lo que se conoce por la fe no puede ser falso, una vez que se halla establecido por pruebas evidentes, se halla confirmado por obras visibles que alejan la duda sobre la veracidad de quien anuncia las verdades divinas.

La curación admirable de las enfermedades, la resurrección de los muertos, la maravillosa mutación de los cuerpos celestes y, lo que es aun más prodigioso todavía, la inspiración á las mentes humanas que ha hecho el que hombres idiotas y sencillos adquieran en un momento sabiduría suma y elocuencia prodigiosa, convencen á la razón humana de que la enseñanza de las verdades que sobrepasan al conocimiento sobrenatural, tiene que venir de quien no puede engañarse, dado que para confirmarlas realiza obras que ningún ser creado puede llevar á efecto.

Así es, que las verdades que por la fe conocemos, no pueden ser falsas.

Las verdades que podamos alcanzar por la razón tampoco son falsas; no hay alguno que así lo piense siquiera.

El todo es mayor que la parte, los radios de un círculo son iguales, son verdades que la razón domina y son verdades que nadie puede poner en duda.

Si, pues, los principios que enseña la fe y los que la razón conoce son igualmente verdaderos, imposible es que entre ellos exista contrariedad. Es, entonces, evidente, que las verdades de la fe aunque sobrepasen á la razón, jamás pueden ser contrarias á ella.

Las verdades de la fe no son otra cosa que los secretos de la sabiduría divina: están contenidos en ese abismo insondable que se llama la sabiduría del Altísimo.

Los principios de la razón están contenidos igualmente en la sabiduría divina, porque, deben estar contenidos en la sabiduría del maestro, los principios que enseña á su discípulo.

El conocimiento de esos principios naturales nos es comunicado por Dios, que es el autor de la naturaleza.

Si, pues, Dios nos enseña y si Dios no finge, es

evidente que los principios que la razón conoce están contenidos en la sabiduría divina.

Claro es, entonces, que los principios de la razón, jamás pueden ser contrarios á los principios de la fe, cuando unos y otros brotan de la misma fuente, nacen del mismo principio, son rayos del mismo sol que ilumina todos los mundos.

De estas sencillas reflexiones que cualquiera inteligencia, si no está ofuscada ó injustamente prevenida, percibe sin esfuerzo y con claridad, fácilmente se desprende esta luminosa consecuencia: de los principios que la razón conoce, no pueden derivarse argumentos contra las verdades de la fe: la razón no puede, entonces, en nombre de la evidencia destruir el dogma de la Trinidad.

Así es que, los motivos que la razón invoque contra los misterios de la fe nunca pueden tener la fuerza de una demostración: serán argumentos probables ó sofisticos que siempre podrán resolverse, dejando en su gloriosa altura las sublimes verdades que la fe proclama.

Veamos, ahora, cuales son las razones que invoca la inteligencia humana para combatir las verdades de la fe.

La inteligencia humana ó más bien el orgullo

humano, rechaza los misterios, porque son incomprendibles: con desdeñosa mirada pasa sobre ellos, porque no los entiende.

Olvida el entendimiento del hombre, al hacer esta afirmación, que sus desdenes se vuelven contra él mismo.

La razón humana tiene por fuerza que someterse á lo incomprendible, so pena de reducir los conocimientos humanos á nociones vulgares que nos retengan en los confines de la animalidad y so pena de prohibirnos para siempre todo progreso intelectual.

Lo incomprendible está por todas partes: está en la materia y en el espíritu, en los espacios del firmamento y en las profundidades de nuestra naturaleza.

Toda sustancia se mantiene bajo sus accidentes; ¿cómo se hace esto?

Una fuerza simple preside al movimiento universal y á sus infinitas combinaciones; ¿cómo se hace esto?

Los fluidos se atraen por sus polos opuestos; ¿cómo se hace esto?

Mi alma inteligente anima un cuerpo de carne; ¿cómo se hace esto?

“Esta palabra formidable, *como se hace esto*, nos aguarda, dice el P. Monsabré, al término de nuestras investigaciones naturales, ¿por qué entonces querer suprimirla, cuando estamos en presencia del ser divino y de sus impenetrables misterios?”

Pero se dirá que los misterios de la naturaleza son distintos de los misterios sobrenaturales, porque estos escapan á la experiencia, mientras que los primeros son la conclusión legítima de hechos sometidos á la observación y á la experiencia.

“Pero entonces, dice el P. Monsabré, de dos cosas una: ó exigimos de todos aquellos que quieren conocer la naturaleza que hagan por sí mismos las experiencias, que han hecho los que les han precedido, lo cual es inadmisibile, ó bien concedemos que se puede sin ofensa de la razón creer la ciencia sobre la palabra de otro. Si acordamos esto, está pronunciada la condenación de los que rechazan el misterio porque es incomprendible.

Los misterios de la fe se aceptan porque están apoyados en la palabra divina: si Dios ha hablado, si el ser divino ha hecho escuchar su voz, su palabra es garantía infalible.

Podría alguien decir que los datos de la ciencia natural están sujetos á la propia experimen-

tación, que cualquiera puede repetirlos y asegurarse así de su inevitable certidumbre, mientras que los datos de la ciencia divina no pueden comprobarse.

Sea así; pero el que repita los experimentos, el que quiera por sí mismo aquilatar los datos de la ciencia natural, puede equivocarse como pudieran equivocarse todos aquellos que antes hicieran ese examen.

Dios, al contrario, al revelar sus misterios no puede engañarse ni engañarnos.

Esto compensa ventajosamente la impotencia en que nos encontramos para comprobar los datos de la ciencia divina.

Lejos, pues, de que lo incomprendible sea poderoso motivo para desconocer y combatir el misterio de la vida divina, este misterio es tanto más digno y más glorioso, cuanto más incapaces somos para penetrarlo y poder comprenderlo.

---

Imposible es que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

He aquí la gran ley que domina el orden lógico.

Afirmar que una cosa es y no es al mismo tiempo, es afirmar un absurdo.

¿Podría, entonces, la razón humana, apoyada en ese principio, proclamar que esta fórmula: en Dios hay una sola naturaleza común ó tres personas distintas, enuncia un absurdo?

¿Podría destruir, con justicia, á la luz de ese principio, la verdad insondable, pero enteramente cierta encerrada en nuestra fórmula cristiana?

Puede responderse que no, con entera seguridad.

Nunca podría la inteligencia del hombre demostrar que esa fórmula cristiana, envuelve un absurdo, por la sencilla razón de que, para hacer tal demostración, le faltan los elementos más precisos.

A primera vista, parece repugnante al entendimiento, parece que es contrario al principio de contradicción, afirmar que Dios es uno y al mismo tiempo trino.

Mas, para presentar una demostración completa de este absurdo, es decir, de esto que á primera vista reviste tal carácter, sería necesario conocer á fondo, tener una noción perfecta, de todas las propiedades de la naturaleza divina, de la fecun-



didad infinita de sus operaciones internas, de la determinación precisa de su personalidad, por una parte; y por otra, tener un conocimiento claro y completo de todas las relaciones posibles entre la naturaleza y la subsistencia.

Ningún ser creado, ninguna inteligencia finita, tiene esos conocimientos: es, entonces, imposible que sin conocer la naturaleza divina, lo fecundo de sus operaciones internas y la determinación precisa de su personalidad, pueda con evidencia demostrarse que es un absurdo reconocer en el Ser divino unidad de naturaleza en tres personas realmente distintas.

Nunca la razón humana podrá victoriosamente demostrar que la fórmula cristiana, está en pugna con el principio que le sirve, en el orden lógico, para medir y aquilatar las verdades que se presentan al entendimiento.

La fórmula cristiana nos parece extraña, y aun á primera vista hasta absurda, porque nada de análogo encontramos en nosotros, ni al rededor de nosotros, una vez que las naturalezas creadas no nos muestran más que una subsistencia.

Pero las naturalezas creadas no nos dan la medida de la naturaleza infinita, ni puede asegurar-

se, sin desconocer la omnipotencia divina, que Dios agotó en el mundo, en que vivimos, todas las relaciones que pueden existir entre la subsistencia y la naturaleza.

El límite de nuestro entendimiento es lo que nos hace ver cosas extrañas en donde no hay tal extrañeza, y absurdos en donde no hay más que realidades.

Nosotros mismos somos una cosa extraña, en la que ciertamente no creeríamos si nuestra alma estuviese separada de nuestro cuerpo.

“Supongamos, dice el P. Monsabré, que somos puras inteligencias y que se nos asegura que en un planeta lejano existen seres singulares, en los cuales la materia y el espíritu se hallan de tal modo unidos que no forman más que una sola naturaleza, y cuyos actos todos se refieren á una misma persona, á un mismo yo; seres que pueden decir: yo pienso y yo como, yo amo y yo digiero, yo muero y yo soy inmortal.”

“Si tal cosa se nos asegura, la creeríamos imposible, la juzgaríamos un absurdo y nos empeñaríamos en demostrar, poniendo de acuerdo nuestros datos experimentales con los principios metafísicos, que la materia y el espíritu tienen cada una

su propia subsistencia, que estas subsistencias no pueden confundirse en una misma persona, en un mismo yo, que el espíritu puede obrar sobre la materia, pero que no puede ser el sujeto de sus actos, que la naturaleza humana es una quimera, que una personalidad mixta que hable al mismo tiempo como un animal y como un ángel, es un absurdo monstruoso.

Y, sin embargo, la naturaleza humana es un hecho, la persona humana existe.

Existe ese ser que nos parecería extraño: lo vemos y lo palpamos: es un ser que gravita, vuela, vive, piensa, ama, se descompone y eternamente subsiste.

El ser humano no es un absurdo, es un misterio.

El ser Divino tiene que ser un misterio más profundo: la razón humana no puede llamarle absurdo, sólo porque no alcanza á medirlo y á comprenderlo.

Principio es que la razón proclama que dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí.

Puede, entonces, afirmar que si las tres personas en Dios, son iguales en la naturaleza, son iguales entre sí.

Afirmar lo contrario, sería un absurdo.

Las tres personas son iguales en aquello que convienen, es decir, en la divina naturaleza; pero la razón no ha probado que esta naturaleza ilimitada, infinitamente fecunda, no puede ser comunicada toda entera y subsistir en tres personas á quienes realmente distinguen la oposición de su origen y la oposición de sus relaciones.

Mientras esta prueba no se haga, no llegará á demostrarse racionalmente que la fórmula cristiana envuelve un absurdo.

Podría instarse diciendo: la razón persuade á cualquiera, que es propio de la personalidad hacer incomunicable la naturaleza.

Esto es verdad, tratándose de una naturaleza limitada.

Tratándose de una naturaleza sin límites, debe distinguirse: si se trata del modo con que se comunica esa naturaleza, es incomunicable; si se trata de la comunicación pura y simple, es perfectamente comunicable.

Así la naturaleza divina, no puede comunicarse al Hijo con el modo de paternidad, ni al Espíritu Santo con el modo de filiación, porque entonces la distinción de personas sería imposible.